



Actas de las VII Jornadas de Investigación en Filosofía para profesores, graduados y alumnos

10, 11 y 12 DE NOVIEMBRE DE 2008

Departamento de Filosofía  
Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación  
Universidad Nacional de La Plata  
ISBN 978-950-34-0578-9

## **La Ideología y lo Real en *El sublime objeto de la ideología* de S. Zizek.**

**Julio Juan Ruiz**  
**Universidad Nacional de Mar del Plata**

Ernesto Laclau al presentarnos la obra de S. Zizek *El sublime objeto de la ideología* señala que el psicoanálisis lacaniano no constituye un corpus cerrado sino, por el contrario, éste se ha diseminado por distintos campos.

Sin embargo, en su país de origen, Francia, esta teoría se ha focalizado en la praxis clínica; en otros países, por el contrario, se ha bifurcado por otros senderos; así, por ejemplo, en los Estados Unidos, polemizó con el feminismo, mientras que en los países eslavos las categorías lacanianas han sido aplicadas, especialmente, a la filosofía política y al análisis de la ideología totalitaria y, por sobre todo, a la situación política de la naciente democracia de estos países; pero, en esencia, lo que más distingue a esta escuela es la lectura de Hegel a través del psicoanálisis; este marco epistemológico pulveriza la imagen del filósofo germano como “idealista monista”, pues marca la diferencia y la contingencia.

Slavoj Zizek, el teórico más sólido de los países eslavos, afirma contundentemente la vigencia de un debate antropológico fundamental ausente en el pensamiento de Habermas: el de Lacan- Althusser. En efecto, para el filósofo marxista francés el hombre es sólo sustancia, y con ello reconstruye la subjetividad del cogito cartesiano que lo afirmaba rotundamente. En la concepción antropológica lacaniana, que no reduce el existir a la mera sustancia, observamos una escisión de la subjetividad en dos categorías: lo Real y lo Simbólico, y entre estas dos dimensiones sobresale un núcleo que elude a lo Simbólico al que podemos identificarlo claramente cuando lo confrontamos con dos postulados fundamentales del marxismo: con el primero, que afirma que el antagonismo de clase prevalece sobre todos los demás conflictos (económicos, políticos, sociales, etc), y con el segundo que predica la disolución de este

antagonismo en el devenir histórico. Sin embargo, la reciente experiencia de los países de Europa Oriental ha demostrado que es imposible la disolución del antagonismo presente en la sociedad civil sin el advenimiento de un régimen totalitario. En este sentido, podemos afirmar que Hegel fue el primer post-marxista, porque desde su perspectiva sólo después de este fatal advenimiento “puede el Estado poner límite a sus desastrosos efectos” (Zizek 2005, p.28). Como podemos observar, el antagonismo de la sociedad civil en la teoría lacaniana es ese núcleo cuya característica es, como ya lo afirmáramos, la de resistir al proceso de simbolización.

En la perspectiva marxista estaban subordinados una pluralidad de conflictos al antagonismo de clase, mientras que en la postmarxista, cada uno de estos conflictos adquiere una dimensión esencial; así, por ejemplo, en el esencialismo democrático no hay solución a ninguno de los problemas de la sociedad civil sin la vigencia de esta forma de gobierno. Igual razonamiento siguen los otros “esencialismos”: el económico, el ecológico, el feminista, entre otros tantos. Por el contrario, el esencialismo psicoanalítico rompió con esta lógica, porque desde su perspectiva teórica la pluralidad de conflictos es una respuesta al ya mencionado núcleo antagónico que conforma lo Real y elude a lo Simbólico, y con el que el ser tiene inexorablemente que convivir; en este sentido, su manifestación más clara es, sin duda, la pulsión de muerte que acompaña la existencia del ser, quien sobre esta realidad debe edificar su destino.

Esta concepción antropológica que admite la existencia de un antagonismo esencial está claramente analizada en *El sublime objeto de la ideología*, donde se aspira a alcanzar tres objetivos: el primero que tiene como meta analizar las categorías lacanianas como “la versión contemporánea más radical de la Ilustración”, y de este modo desmitifica todo el mote oscurantista atribuido a esta teoría; el segundo, tiene como finalidad efectuar una lectura de Hegel superadora de la tradicional “idealista- monista” que la situaba en un plano absoluto, y donde era imposible vislumbrar lo contingente; y en tercer lugar se aspira a abordar la ideología a través de las categorías lacanianas. Sobre este último objetivo desearíamos hacer algunas acotaciones.

Podemos observar que la tesis marxista del “fetichismo de la mercancía” preanuncia la tesis lacaniana sobre la objetividad de la creencia, pues esta perspectiva teórica marca que la relación persona - cosa presente en el capitalismo y que se manifiesta claramente en las transacciones del mercado está

exenta de “mistificación”, porque los sujetos actúan como seres racionales impulsados sólo por sus intereses; pero, lo que resulta paradójico es que el sustrato metafísico que se creía superado toma un rumbo peculiar: “ellos ya no creen, pero, las cosas creen por ellos”(Zizek 2005, p.62). Esta premisa lleva al filósofo eslavo a postular que la creencia no está alojada en el ámbito interior del sujeto sino en el exterior, en la realidad. Por otra parte el psicoanálisis afirma que todas las creencias y hasta los más íntimos sentimientos se pueden transferir, y en este sentido, no nos tiene que resultar paradójico que ese gran Otro, la realidad, sea el soporte no sólo de nuestra creencia sino también de nuestra ideología.

En relación con lo Real, debemos hacer notar que las representaciones del aparato burocrático moderno que nos brinda Kafka en dos novelas, *El Castillo* y *El Proceso*, han sido juzgadas como exageradas, pues, como sabemos, éste no es todopoderosa. Sin embargo, el ciudadano actúa “como si” efectivamente lo fuera, y este juicio es fundamental, porque la perspectiva metodológica del filósofo eslavo no parte de las relaciones sociales efectivas sino de “la fantasía ideológica eficiente en la propia realidad social” (Zizek 2005, p.65). Es tal la relación de la creencia con lo social que cuando ésta se disuelve también parece el orden social que la sustentaba; así, por ejemplo, culminó el orden monárquico en la Francia del siglo XVIII, pues los filósofos de la Ilustración enseñaron al pueblo que la soberanía no residía ya en el monarca sino en él, y esta prédica erosionó al estado absolutista, pues este modelo de estado ya no estaba legitimado por la creencia de que el poder del soberano obedecía al designio divino.

Asimismo, el teórico eslavo distingue dos tipos de obediencia: la obediencia del sujeto legitimada por su convicción, y otra que carece de toda certeza. La primera exige razones para creer, mientras que la segunda es automática y transforma al sujeto en un autómeta; esta forma de obediencia, la automática, está presente en el acatamiento absoluto a la ley, tal como lo podemos ver en el célebre capítulo noveno, “En la catedral”, de *El Proceso* de Kafka cuando nos detenemos a analizar el debate entre el procesado K y el capellán de la cárcel en torno a una antigua historia en la que se manifiesta, por sobre todo, la intransigencia de un centinela que bajo ningún aspecto se muestra indulgente frente a la petición de un pobre campesino de acceder a la Ley. En efecto, en la “polémica en torno a la Ley” el clérigo justifica y pondera el proceder del guardia, porque según él: “poner en duda su dignidad sería poner en duda la ley”; frente a este argumento K manifiesta su dificultad de aceptarlo como una creencia, pero el sacerdote le

replica que no está obligado a ello sino que “solo es indispensable que no lo olvide” (Kafka 2005, p.219). Fundamentalmente, lo que K debe tener presente es un acatamiento absoluto que en última instancia muestra que la obediencia al mandato legislativo es equiparable a la de un mandato incomprensible. Esta realidad tiene un paralelo en el plano psicoanalítico en la categoría del super –yo, porque esta categoría en la perspectiva psicoanalítica es: “un mandato del que se tiene una vivencia traumática [...] que no se puede integrar al universo simbólico del sujeto” (Zizek 2005, p.67). Asimismo, debemos observar que en el acatamiento a la ley también está presente la transferencia que el sujeto realiza, pues obedece la norma legal porque la considera emanada de un reparto justo, o que es manifestación de lo verdadero.

A diferencia de la obediencia ciega a la ley o al precepto, la obediencia por convicción no es automática, y a esta característica Zizek la enlaza con lo religioso, porque en esta dimensión la creencia del sujeto prevalece sobre lo racional, y de ahí que, lo paradójico, sea su justificación racional a la que sólo acceden los que ya creen; acceder a esta convicción fue cada vez más difícil debido al radical proceso de secularización que se gestó desde la modernidad. Una “solución” a este dilema lo propone Pascal en el célebre párrafo 933 de sus *Pensamientos*, donde ante un sincero deseo de creer planteado por un imaginario interlocutor con quien entabla un diálogo acerca de la creencia religiosa, el filósofo le recomienda que se esfuerce no en buscar razonamientos que fundamenten su creencia, sino que modere sus pasiones; en este sentido, le prescribe la conducta a seguir: “haciendo como si creyeran, tomando agua bendita, haciendo misas etc.”(Pascal 1971, p.72). De este modo, la conversión llega como un acto formal después de la práctica religiosa. No obstante, lo que distingue a la prescripción pascaliana del mero conductismo es una firme convicción: el creyente reconoce que cree (Zizek 2005, p.69). Asimismo, el conductismo no logra vislumbrar que la costumbre externa sobre las que se plasman las prácticas religiosas constituye según el filósofo eslavo “(...) un soporte material para el inconsciente del sujeto” (*Ibidem*). Lo “subversivo” de la prescripción pascaliana es que admite un hiato entre la máquina externa en vías de secularización (en el estado francés del siglo XVII el proceso de secularización no fue absoluto, pues la sociedad europea estaba desgarrada por los conflictos religiosos que se traducían en clave política) y la creencia interna de su

interlocutor caracterizada por un racionalismo incipiente que culminará en la Ilustración del siglo de las luces, el XVIII.

También debemos notar que, si bien Althusser parte del pensamiento de Pascal (los *Pensamientos* fueron su única lectura cuando estuvo en prisión durante la segunda guerra mundial), él no logra explicar cómo se internaliza el “aparato ideológico del Estado”; en este sentido, Zizek señala a Kafka como un crítico *avant la lettre* del teórico marxista. En efecto, en los textos de Kafka el sujeto es interpelado por el otro, pero él no puede responder, es incapaz de interpretar el llamado de su interlocutor. Así, por ejemplo, en *El Castillo*, K, el agrimensor, protagonista de la novela, no comprende que su presencia en la aldea obedece a un error administrativo, pues “(...) en una administración tan grande como es la administración condal [...] puede producirse una pequeña confusión” (Kafka 2004, p.74). De ahí que su presencia sea innecesaria, porque no se pidió los servicios de ningún agrimensor; además, los límites entre la aldea y el castillo estaban perfectamente delimitados tanto en lo espacial como en lo político. No obstante el claro y constante rechazo de un medio absolutamente hostil, a K no le es posible “identificar en el otro (Realidad) el objeto causa de su deseo” (Zizek 2005, p.73).

Asimismo, debemos señalar que en la teoría lacaniana el deseo está presente en la realidad, y en este sentido en el capítulo quinto de *Los cuatro principios fundamentales del psicoanálisis*, el psicoanalista francés analiza el caso del desdichado padre que en el velatorio de su hijo fue a descansar a otra habitación y dejó frente al cadáver a un anciano, quien se durmió profundamente y no pudo impedir que una vela quemara el cadáver. La polémica interpretación del caso gira en torno a si fue el ruido de la otra habitación, o el reproche del hijo presente en el sueño lo que despertó al padre. Según el teórico francés lo que dio término al sueño fue el encuentro del padre con el atroz deseo presente en el duro reproche del hijo (Lacan 1986, p.69). De este modo, la única forma de encontrarnos con nuestro deseo es a través del sueño, y de ahí que se pueda postular que la realidad sea “una construcción de la fantasía que nos permite enmascarar lo Real de nuestro deseo” (Zizek 2005, p.76).

Debemos marcar que la ideología es también una construcción de la fantasía que sirve de soporte a la realidad, porque a través de ella eludimos ese “núcleo traumático” al que se refiere la teoría lacaniana. A la relación fantasía – realidad, el psicoanalista francés la explica mediante la famosa paradoja de

Chiang-tzú que soñó que era una mariposa y al despertar se preguntó: ¿cómo podría saber que no era una mariposa que sueña que es Chuang-tzú? (Zizek 2005, p.76). En este contrasentido hay que deslindar dos aspectos: el primero es que, para la red simbólica de relaciones que conforman lo real, el sujeto es Chuang-Tzú, mientras que la única manera de huir de ese gran Otro (lo Real lacaniano) es a través de la fantasía de ser una mariposa, y de ahí que la pregunta que el sujeto se hace al despertarse prueba, en primer instancia, que él no está loco, porque un loco no puede tomar distancia dialéctica entre él y las relaciones simbólicas; en segundo término esta pregunta sólo la podemos formular cuando estamos despiertos, porque no hay una relación simétrica entre el sueño y la realidad (Zizek 2005, pp.76-77).

Debemos señalar que, si bien lo real de nuestro deseo se encuentra en el sueño, ello no significa que la realidad sea el sueño, tal como lo descubre el narrador de las *Ruinas circulares* borgeanas cuando descubre una realidad conformada por varios sueños concatenados en una iluminación que lo conduce al desencanto, porque comprueba: “(...) con alivio, con humillación, con terror, comprendió que él también era una apariencia que otro estaba soñándolo” (Borges 1996, p.455).

Que lo real esté en el sueño nos indica que la única manera de deshacernos de nuestros prejuicios ideológicos es confrontar nuestro deseo con la realidad. En este sentido, el antisemitismo no tiene nada que ver con el judío, pues esta ideología es una manera de “remendar la incongruencia de nuestro propio sistema ideológico” (Zizek 2005, p.86).

También Zizek nos hace ver que una ideología se apodera de nosotros cuando no halla ninguna contradicción con la realidad, de este modo, se entrelazan ideología y realidad en una fusión tan plena que el sujeto no logra distinguirlos.

En suma, a través del análisis de la ideología mediante las categorías lacanianas, Zizek confirma la presencia de esta dimensión en lo Real y, por sobre todo, llega a la misma conclusión que arribó Althusser en décadas anteriores, quien sostuvo que la muerte de la ideología es una “ideología por excelencia”.

### Bibliografía

Borges, Jorge Luis (1996), “Las ruinas circulares” en *Obras completas*, T.I. Buenos Aires: Emecé.

Althusser, Louis (1988) *Filosofía y Marxismo*. México: Siglo XXI.

Kafka, Franz (2004), *El castillo*. Buenos Aires: Editorial Planeta.

Kafka, Franz (2005), *El Proceso*. Buenos Aires: Aterramar.

Lacan, Jacques (1986), *Los cuatro principios fundamentales del psicoanálisis*. Buenos Aires: Síntesis.

Laclau, Ernesto (2005), "Prefacio", en: Žižek, Slavoj (2005). *El sublime objeto de la ideología*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Pascal, Blas (1971), *Pensamientos*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.

Žižek, Slavoj (2005), *El sublime objeto de la ideología*. Buenos Aires: Siglo XXI.